

ANTONIO MERCERO

Está lloviendo y te quiero



Antonio Mercero



Está lloviendo y te quiero

PAULA

Encontré el reloj de mi bisabuelo en Wallapop cuando estaba buscando un regalo de Reyes para mi hermano. No podía creérmelo. El anuncio decía:

«Reloj de pared del siglo XIX, fabricado en Lasarte. Célebre en su época, lo llamaban el Incomprendido».

Aunque era medio barroco, también me pareció precioso. Y supongo que no dejaba de tener cierto valor histórico e incluso sentimental. Sin embargo, costaba tres mil euros. No se hacen regalos tan caros en mi familia. Un libro, un jersey como mucho. Le escribí al vendedor y, en el regateo, conseguí una rebaja de quinientos euros. Aun así, era mucho dinero. Por eso desistí.

Pero no me olvidé de aquel reloj. Se instaló en mi cabeza, se colaba en mis sueños. Comprendí que esa obsesión no podía responder al simple regocijo de tener un detalle con una persona querida.

Era algo más profundo. Una especie de reclamo misterioso.

Los mensajeros siempre llaman al telefonillo en el momento más inoportuno. Esa mañana yo tenía prisa porque llegaba tarde al hospital y el jefe de servicio ya me había regañado por mis retrasos. Acababa de coger el bolso y las

llaves del coche, y me disponía a salir pitando cuando oí el timbrazo. Abrí la puerta y esperé con impaciencia la llegada de un hombre que apareció con una caja de cartón rectangular, grande y pesada. La dejó en el suelo, junto al mueble de la entrada. Los segundos que tardó en anotar el número de mi DNI me pusieron los nervios de punta. También me pidió que firmara y le hice un garabato en la pantalla.

Mi primera intención fue la de marcharme, compartir el ascensor con el mensajero y olvidarme del paquete hasta que volviera por la noche. Pero no pude hacerlo. Por alguna razón, no lograba escapar del campo magnético que se había creado en el recibidor. Era como si algo estuviera latiendo dentro de esa caja. Cogí unas tijeras para rasgar el precinto, separé las hojas de cartón y saqué un bulto embalado en papel de burbujas. Lo coloqué con mimo en el sofá, incapaz de creer lo que sostenían mis manos. Retiré el envoltorio y quedó al descubierto el reloj que había fabricado mi bisabuelo, un objeto delicado, una antigüedad, la decrepitud bien disimulada, como luciendo con cansado orgullo sus más de cien años de vida.

Había un sobre pegado al borde de la esfera, como regurgitado. Creo que lo miré con disgusto, porque eso destruía la idea de una aparición mágica, atraída por mi propio deseo. Dentro, una nota:

«Ojalá el tiempo nos dé otra oportunidad».

Y entonces se desvaneció todo el encanto. Era un regalo de Alberto, mi ex. Aún estábamos juntos cuando le conté mi hallazgo en Wallapop. Él sabía que me había quedado enganchada a la idea de regalarle ese reloj a mi hermano Emilio, que me parecía muy caro, pero me conectaba cada noche a la aplicación para verificar que seguía en venta.

A los pocos días discutimos porque descubrí que anda-

ba tonteando con una enfermera, el tópico de siempre. Lo mandé a la mierda, como se merecía. Y ahora intentaba comprar una reconciliación con un regalo de tres mil euros. O de dos mil quinientos.

Llegué diez minutos tarde al trabajo, fiché para que el jefe de servicio no se pusiera nervioso y bajé a Cardiología para hablar con Alberto. Estaba pasando consulta, no era el mejor momento para soltarle lo que pensaba de sus mañas de seductor, de su chulería por hacerme un regalo excesivo. Le escribí un wasap:

«Quiero hablar contigo».

No tardó en llegar la respuesta:

«¿Comemos juntos?».

Me irritó su propuesta, o quizá me enfadé conmigo misma por aceptarla. Vale, comeríamos en la cafetería del hospital, con otros médicos pululando por allí, con interrupciones, saludos de unos y de otros, sin la menor intimidad. No habría velas ni vino caro sobre el mantel. De hecho, ni siquiera habría mantel. En la cafetería se come cualquier cosa, el menú del día o un montado de lomo. Pero yo no quería una cita y allí estaba, contemplando el rostro perfectamente afeitado de Alberto, su pelo entrecano que apetecía acariciar, sus ojos verdes. Su buen humor, casi siempre.

—No puedo aceptar tu regalo. ¿Qué coño te has creído? —le espeté casi a modo de saludo.

—¿Por qué no puedes? Tú querías ese reloj. —Ya asomaba su media sonrisa, esa que tanto me gustaba.

—Ya no somos pareja. Y es muy caro. Es como comprarme con dinero.

—A mí me parece barato. Ese reloj vale mucho más, Paula. Es una inversión.

Levantó la mano para llamar al camarero. No le im-

portaba distraerse un instante, no temía que se le escapara la presa. Su confianza en sí mismo me ponía mala.

—No quiero deberte nada. Es demasiado generoso.

—Y tú serías muy poco generosa si lo rechazaras. La generosidad también consiste en saber recibir.

En ese momento lo odié; siempre tenía un argumento que le daba la vuelta a la tortilla, siempre tenía razón. El seductor educado, perfecto pero infiel. Había pillado en su teléfono conversaciones descaradas con una enfermera. Él no negó el coqueteo, no podía porque las pruebas eran evidentes. Pero sí negó la infidelidad. Esgrimió razones tontas y torpes, la necesidad del hombre maduro de sentirse deseado, la adrenalina de la seducción telefónica, el juego de la vanidad, divertido y a la vez inocente.

«Se la folla seguro». Esa fue mi conclusión.

Como sabía que a veces me pasaba de celosa, consideré la posibilidad de estar equivocada. Pero ese coqueteo también me parecía una traición, incluso si no habían terminado en la cama. Así que lo dejé. Una pena, me gustaba mucho.

Él estuvo varios días enviándome mensajes.

«Tienes el corazón dañado y yo soy el mejor cardiólogo. La pareja perfecta», me escribió un día.

Yo contesté:

«Métete tus bromitas por el culo».

Pero ni por esas dejaba de mandar mensajes bonitos, memes que venían a cuento, chistes de dudoso gusto. Alguno me hacía sonreír, pero enseguida aparecía mi mal humor aplastando el efecto. Lo insultaba, le repetía que dejara de escribirme, lo amenazaba con bloquearlo. Incluso le dije que lo iba a denunciar por acoso.

«¿Querer pasar la vida contigo es acosarte?», preguntó.

La conversación se quedó ahí porque, en el fondo, yo no quería estropearlo del todo.

Un cierto desamparo rebajaba a veces mi ira, y enton-

ces pensaba que estaba siendo un poco exagerada o incluso injusta. Sé que tiendo a ser implacable con los hombres, no perdono el menor desencuentro, zanjo la relación a la menor contrariedad. Mi psicóloga me pincha, no le intimida que yo sea psiquiatra. Me dice que así no voy a ninguna parte. Le contesto que no tengo ninguna necesidad de una pareja, que hasta ahí podíamos llegar.

—Mañana mismo te mando el reloj a tu casa —le dije a Alberto.

Él tomó aire, esbozó una sonrisa trágica: estaba a punto de decir algo sustancial, y yo aguardaba entre enfadada y expectante.

Agradecí que sonara mi busca: había entrado una urgencia de psiquiatría y me tenía que ir.

La policía la había encontrado en un parque, desorientada, con una botella de vodka en la mano. No llevaba documentación encima. Le pregunté cómo se llamaba y ella me miró aterrada.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque te tenemos que hacer la ficha.

—Me estáis vigilando.

—Yo solo te estoy explorando. ¿Sabes dónde estás?

—Me vigilan hasta en mi casa. Y en la calle. Los coches rojos vienen a por mí.

—¿Solo los rojos?

—Sí. Pero hay un montón de coches rojos.

Su mirada no se posaba en ninguna parte. Barría el espacio, o más bien saltaba de un lugar a otro. Al hablar de los coches rojos, se giró dos o tres veces, como si uno de ellos estuviera irrumpiendo en la consulta.

—Tranquila, aquí estás a salvo. No hay ningún coche rojo. ¿Cómo te llamas?

La mujer rompió a llorar. Tenía unos cincuenta años, vestía con elegancia. Le pedí a una enfermera que preparara el ingreso.

—Estás en un hospital, te vamos a cuidar. No te preocupes por nada, que te vas a poner bien, ¿de acuerdo?

Asintió sin parar de mover los ojos.

—Siéntate en la camilla. ¿Puedes?

Como le costaba registrar la pregunta y reaccionaba con desconfianza, me acerqué a su silla y le examiné las pupilas con una linternita. No estaban mióticas, no parecía haber consumido drogas.

—Abre la boca.

Para mi sorpresa, la mujer obedeció y pude examinar también la lengua y la garganta. Cuando la ausculté, el corazón latía con fuerza, la tensión estaba alta y la respiración era agitada. Se trataba de un brote psicótico de manual. Como resultaba imposible que me diera ninguna información, la ingresé sin datos personales, sin saber quién era.

Esa tarde alguien llamó preguntando por una mujer extraviada. Aportó una descripción que se correspondía con la de la paciente. Media hora después se presentó en el hospital. Llevaba todo el día buscando a su esposa: Genoveva Rodríguez Lato, una ejecutiva de una agencia de publicidad. César nos ofreció alguna pista: su mujer acumulaba muchos proyectos sobre la mesa, contestaba correos hasta la madrugada, saltaba de reunión en reunión. Podía haber colapsado por el estrés.

Nada nuevo bajo el sol. Yo misma iba a reventar en cualquier momento.

La tarde fue intensa. Ese día tampoco llegaba a mi clase de yoga.

Volví a casa pasadas las once. Tenía mucha hambre, pero cené algo ligero. Leí un rato en la cama y apagué la luz. Estaba tan agotada que no conseguía dormir. Temía una nueva noche de insomnio. Me levanté a beber agua y, al encender la luz, me sobresalté al ver el reloj en el sofá. Lo contemplé un buen rato.

Era bonito.

Cogí el móvil y escribí a Alberto:

«Voy a ser generosa, acepto el regalo. Pero solo porque es para mi hermano».

Aunque era muy tarde, Alberto contestó enseguida. No me extrañó, también padecía insomnio.

«Para eso te lo regalo, para que se lo des a él».

Lamenté que el donjuanismo de Alberto estropeará sus muchas virtudes. Luego me quedé pensando si se podía perdonar una infidelidad. Hay gente que lo hace.

Pero yo no soy capaz.

La comida de Reyes la preparó mi madre, que siempre se ha dado maña con la cocina. Metió un asado en el horno, lo mojó con una salsa de champiñones y pasas, y de entrante sacó un pudín de espárragos decorado con gambas. Cada año la intentamos convencer de que no se empantane con esas tareas, que nos podemos ocupar nosotros. Yo sugerí llevar platos preparados, mi hermano Emilio se ofreció a cocinar. La discusión es una sección fija de todas las fiestas navideñas y está condenada al fracaso. A mi madre le gusta sentirse independiente a sus ochenta y cuatro años.

También le gusta que vayan a verla sus nietos para preguntarles por sus vidas, cotillear sobre sus amoríos, saber qué quieren estudiar. Son dos chavales altos y sanos, nada que lamentar en la edad del pavo que ya han atravesado.

Como en la consulta lidio con una buena carga de problemas mentales en gente muy joven, no dejo de admirar lo bien que han salido mis sobrinos. Todavía no sé qué porcentaje de mala suerte interviene en los adolescentes descariados y qué parte le corresponde a la negligencia parental. Creo que mi hermano, calmado y conservador, hace buena pareja con Ana, mucho más activa, más parlanchina, más divertida. Ambos me parecen sensatos, pero los veo muy poco, nunca encuentro el momento de visitar

a mis sobrinos, así que solo en estas reuniones asisto a una pequeña muestra del funcionamiento de esa familia. Ignoro si son unos padres ejemplares.

Ese día, mi madre no se quejaba de las cervicales ni de las articulaciones. A veces se ponía la mano en la frente como para atajar un mareo, pero enseguida volvía a la conversación, a las bromas que le gastaban sus nietos, que conocían bien su sentido del humor. Soportaba pullas, contrataba, no se ofendía, daba juego.

Ojalá estuviera siempre así. Tras preparar la comida, como una perfecta anfitriona, con la familia de mi hermano parecía una mujer diferente. Era como si reservara para mí su faceta negativa. ¿Por qué discutíamos tanto por teléfono? ¿Por qué no tenía más paciencia con ella?

Cuando acabamos los postres, llegó el turno de los regalos. En el árbol, junto a los paquetitos, llamaba la atención el enorme paquete que había llevado yo. Mi madre fue la primera en atacar su lote: una manta para el sofá, unas cremas, un disco de baladas. A mí, que no tengo tiempo para leer, me regalaron un libro y también un jersey. Yo le había comprado unos pendientes a mi cuñada. Y a mi hermano le alcancé el paquetón.

—A ver, ya sé que es una exageración de regalo —me excusé—. Pero no me he podido resistir.

Emilio lo desenvolvió y se quedó estupefacto al ver el reloj del bisabuelo con su nombre en la parte superior de la esfera: «Domingo Yarza». La punta de lanza de un linaje de relojeros.

Una pieza casi de museo, la fabricó el primero de la stirpe y terminaba en poder del último, pues no resultaba probable que alguno de sus hijos continuara con la tradición.

Conté cómo di con él en Wallapop. No funcionaba, pero a mi hermano, acostumbrado a poner en hora los relojes del Palacio Real, no se le podía resistir ese mecanismo.

—¿De verdad lo fabricó el bisabuelo? —Emilio miraba el reloj con los ojillos brillantes.

—Sí, y ese reloj se conocía como el Incomprendido.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Ana lo cogió y extendió los brazos para verlo bien. O quizá estaba calibrando su tamaño, buscando en su cabeza la pared adecuada para colgarlo.

—¿Os gusta? —les preguntó a sus hijos—. Lo fabricó vuestro tatarabuelo.

—¿Tú conocías este reloj, mamá? —preguntó Emilio.

Mi madre espantó la mirada, como si tuviera delante al demonio. De la garganta se le escapó un gorjeo que rompió la tarde en dos pedazos. Se llevó una mano al pecho y compuso una mueca de dolor.

—Mamá, ¿qué te pasa? —Me alarmé—. ¿Te has atragantado?

Había un trocito de turrón en su servilleta y algunas miguitas en las comisuras de los labios. Pistas falsas, porque lo que le dolía era el pecho.

—¡Mamá! —Me levanté y la sujeté justo cuando se estaba venciendo hacia un lado de la silla. Con la ayuda de mi hermano, la tumbé en el sofá—. ¡Llama a una ambulancia, deprisa!

Le desabroché los botones superiores de la camisa, la abaniqué con una revista que encontré sobre una mesa, le tomé el pulso. Ana, más rápida que su marido, ya estaba hablando con el 112, ya pronunciaba la dirección de la casa. Los jóvenes, inquietos, hacían corro y animaban a su abuela. Emilio los alejó un poco para que pudiera respirar. Yo vi muy claro que se trataba de un infarto, por eso inicié un masaje cardíaco. Pero no conseguía reanimarla.

La ayuda sanitaria llegó al cabo de casi veinte minutos. Traían un maletín de primeros auxilios. Con un des-

fibrilador reanimaron el corazón de mi madre. Luego la tumbaron en una camilla.

—Vamos a La Paz, por favor, trabajo allí —dije mientras marcaba en el móvil el número de Alberto. Respondió al segundo timbrado—. A mi madre le ha dado un infarto, vamos al hospital. ¿Estás de guardia?

Sí, estaba de guardia, y se ocuparía él. Lo agradecí en silencio.

Sobre la mesa del comedor quedaron algunos paquetes sin abrir, bolas de papel aquí y allá, el trocito de turrón sobre la servilleta, los platos de postre con restos de tarta. La fiesta interrumpida. El paisaje de la desolación.

Tras llegar al hospital, la llevaron directamente al quirófano. Crucé las puertas batientes siguiendo el rastro de la camilla. Alberto nos esperaba en el umbral. Me pidió que no pasara, que me sentara a descansar fuera, y trató de tranquilizarme con un gesto. En medio de la angustia pensé que, si no había comprado la reconciliación con el regalo, lo haría salvándole la vida a mi madre.

Me postré en un banco del pasillo, junto a la puerta del quirófano. A través del ojo de buey se veía el revuelo del personal médico, como un enjambre de fieras enloquecidas alrededor de un cadáver. Alberto tardó casi cinco horas en salir.

—La hemos sacado adelante, Paula —me dijo.

Resoplé con alivio y le di un abrazo.

—Venía muy infartada, le hemos tenido que hacer una angioplastia de rescate.

—¿Cómo está ahora?

—Dormida. Le estamos suministrando oxígeno y, de momento, una perfusión de nitroglicerina.

—¿Qué dice el electro? ¿Cómo ha quedado el corazón?

—Hay que esperar, le vamos a hacer pruebas. Ahora está conectada a un monitor. A ver cómo pasa la noche.

Pese a que las noticias eran buenas, me sentí desinflada. Salí a la calle a tomar el aire, hablé con mi hermano por teléfono. Le dije que me iba a quedar en el hospital hasta el día siguiente. Esa noche, la UCI estaba casi desierta. Yo miraba a mi madre a través de la ventanita. Tenía puesta una mascarilla de oxígeno y su pecho, lleno de pegatinas y de cables, subía y bajaba en movimientos suaves.

Alberto se acercó al cristal.

—¿Has cenado algo?

—No.

—Venga, te acompaño. Tienes que comer algo.

—Ha sido por el reloj —dije.

—¿Cómo? —Alberto me miró sin entender.

—El infarto, ha sido al ver el reloj.

—Vaya, parece que nunca acierto con los regalos —bromeó.

—El regalo es precioso. Pero ella se ha asustado al verlo. No sabes la cara de pánico que ha puesto.

—Paula, tu madre tiene ochenta y cuatro años. En Navidades se cometen excesos...

—Ha sido al ver el reloj, Alberto —insistí—. Estoy segura.